

Comienza LA EDAD DEL SER

LA Modernidad ha terminado. La pandemia es la inflexión que definitivamente pone fin a la Modernidad y da paso a una nueva edad que ya se venía preparando en esta Última Modernidad. La nueva edad girará en torno al Antropoceno y tendrá como problema principal el ser.

UN NUEVO PROBLEMA UNIVERSAL

La Modernidad veía como principal problema la división y ha respondido con universalidad, cosmopolitismo, igualdad, globalización, integración, etc. Ahora ese problema de la división vemos que está comprendido en otro mayor: qué es real, qué es el ser humano, qué es ser ciudadano, qué es ser humanidad. La Edad Media se preocupaba por el desorden, la Modernidad por la división y esta edad se preocupa por el sin sentido, la disolución y simulación de la realidad, la destrucción del marco ético de la civilización, la desconexión y anomía de las personas, el relativismo y el nihilismo, la pérdida de alma en la economía, las sociedades y las instituciones...

El Postmodernismo (1945-1979) intentó un cambio que veía el mayor problema en la violencia, pero el problema era todavía más profundo, era ontológico. El problema es la inseguridad no solo social, sino existencial. Comienza la Edad del Ser. 2019 ya es el mundo de antaño.

ANTROPOCENO

El Antropoceno es la edad del planeta en la que el hombre se ha convertido en la principal fuerza configuradora del mismo. Es una propuesta de cronología que tiene la escala de la vida que cuenta por cientos o decenas de miles de años. Lo cierto es que también podemos hablar de Antropoceno en la escala de los siglos en que usamos las «edades históricas».

La ingeniería genética, la tecnología nuclear, el impacto masivo sobre ecosistemas, Internet y los medios globales de comunicación, las postverdades, la simulación de la realidad y el mundo virtual, la nanotecnología, los nuevos materiales, los ciborgs y robots, el Gran Hermano Digital, la inteligencia artificial, la sociedad de riesgo, los Big Data, las pandemias, el aumento cuali-

tativo de la longevidad, el construccionismo (las cosas son lo que uno quiera que sean, sin verdad, bien ni belleza como categorías universales), el único mercado mundial o la radical reflexividad ponen en manos de esta generación una capacidad inaudita de configuración de la humanidad, cada individuo y el planeta en su conjunto. Y lo crucial no es ese poder de transformar lo que las cosas son o parecen, sino la pregunta: ¿qué es o debe, puede y quiere ser el ser humano, el planeta y el cosmos?

El transhumanismo, la ecología, la ciudadanía mundial, las migraciones, el suicidio, el utilitarismo económico, la exclusión, el feminismo o el supremacismo son problemas relativos sobre todo a una pregunta: ¿qué es ser humano? Los problemas no son los Derechos Humanos, sino quién puede reclamarlos a quién: ¿quién es mi hermano?



UNA SOLUCIÓN DE DISCONTINUIDAD

La pandemia Covid-19 –en sus sucesivas olas tras esta primera– es un vórtice –el eje de un tornado, un remolino o de una ola– que está catalizando e integrando todos los males de nuestro mundo y también reuniendo las fuerzas del bien. Afecta a todas las dimensiones. No es el problema que más mata en el planeta ni el más maligno, pero es un acontecimiento que tiene características para provocar esa solución de discontinuidad en la conciencia de la humanidad: global, súbito, para la actividad, afecta a la vida cotidiana de todos, impulsa el examen personal y cambios de conciencia, pone en grave crisis la economía y todas las dimensiones del sistema... También fue una pandemia la que terminó con la Edad Media en un siglo sin imprenta, mundialidad, sin tanta interdependencia ni tanta movilidad que llevara los efectos velozmente a todo el planeta.

El atentado de las Torres Gemelas, la caída del Muro de Berlín, la crisis de 1973, la Guerra de Vietnam o la Guerra Fría condensada en la crisis cubana de los misiles de 1962, no tuvieron las condiciones para producir esa disrupción tan profunda. No afectaba a cada persona, cada familia y la vida diaria en todo el planeta.

Las épocas no vienen marcadas por convencionalismos teóricos, sino por acontecimientos que establecen



inflexiones simbólicas, reales y transformadoras. Solo a largo plazo se les pone nombre. Quienes viven esas transiciones en primera persona no solemos tener la mirada histórica para detectarlas. No obstante, todos tenemos la profunda convicción de que esta pandemia y los acontecimientos que desencadene tienen un calado histórico inusitado. El Secretario General de la ONU, Antonio Guterres, ha dicho que es la mayor crisis planetaria desde la II Guerra Mundial, que interrumpió la Modernidad y creó un movimiento que trataba de crear otra edad, provisionalmente llamada *Post-moderna*. Ahora, definitivamente, ha terminado la Modernidad porque no depende de un movimiento moral, sino que es una revolución que, aunque provocada por la acción humana, es exógena. No es voluntarista, sino que viene impuesta por la realidad –como el cambio climático–.

SER O NO SER

La pandemia del 2020 se va a ver como la mundialización de un problema ecológico y de política sanitaria que pone en el centro dos cuestiones: qué somos en la naturaleza (¿puede el ser humano explotarla sin medida o «somos con ella»?) y si somos una sola comunidad humana.

El 24 de marzo, el padre Arturo Sosa –superior general de la Compañía de Jesús–, decía en una declaración universal sobre la pandemia que «nos está mostrando que somos una sola humanidad... una única, variada, rica e interdependiente humanidad... Solo podemos vivir como un único cuerpo de la humanidad. Separados, cada persona y pueblo por su cuenta, es imposible».

La pandemia no es solo una crisis sanitaria, sino existencial: impacta en el corazón de la civilización. Afecta a la propia «era». Una edad cambia cuando varía el gran problema histórico (el desorden medieval, la división moderna, el sinsentido antropoceno), pero una era cambia cuando varía la concepción de ser humano. El cristianismo abrió una era porque la Encarnación reveló plenamente quién es el ser humano y al propio Dios en Jesús.



Cuatrocientos años antes, había comenzado ese cambio de era marcado por la aparición de las grandes religiones y la filosofía –confucianismo, budismo, judaísmo, Sócrates, etc.–. Y comenzó un camino que culminó en Cristo. Para encontrar algo similar tendríamos que remontarnos a hace 40.000 años, con la cultura del Valle de la Humanidad (de Lascaux a Altamira). Sin embargo, todo cambio de edad tiene potencial para imprimir un cambio de era. Ocurrió al inicio de la Modernidad, tanto en su primera época renacentista, como en la época que comenzó en 1804 con la revolución de las ciencias, etc. Ahora, también. Un cambio de edad o de época (dentro de una edad) pone en juego todo.

LA CAJA DE PANDORA

En realidad, esta pandemia no es un hecho aislado, sino que forma parte de una secuencia que da como lugar esta pandemia. Está engarzado en (1) la Sexta Extinción y la destrucción de los ecosistemas contra lo que intentan responder los Objetivos de Desarrollo del Milenio establecidos en 2015, (2) en el neoliberalismo que provocó artificialmente la crisis del 2008 y recortó el Estado de Bienestar y (3) en el populismo supremacista que desde 2016 ha deprimido el cosmopolitismo y la solidaridad mundial. También abre una Caja de Pandora.

La pandemia desata ya consecuencias en todos los ámbitos comenzando por una depresión económica mayor que el 2008, 1973 o 1929. Es muy probable que provoque una gran depresión cultural que aumente la violencia, la depresión psicológica y fenómenos autodestructivos como drogadicción (no olvidemos que estábamos en el curso de una crisis de opioides (que en 2015 fue declarada epidemia, con 64.000 muertes anuales por sobredosis en EE.UU.), maltrato doméstico, consumo pornográfico o aumento de las tasas de suicidio. Además, es muy probable que haya revueltas sociales e incluso que aparezcan nuevos grupos violentos organizados o se reconviertan los que existen. En las circunstancias actuales, es mucho más probable que haya una guerra que amplíe esa tercera guerra mundial dispersa contra el Yihadismo. Se puede abrir un frente de con-



La pandemia «nos está mostrando que somos una sola humanidad... una única, variada, rica e interdependiente humanidad... Solo podemos vivir como un único cuerpo de la humanidad», Arturo Sosa, SJ

flicto con China alrededor de Corea del Norte o una guerra en Latinoamérica que tenga en el epicentro Venezuela (la mayor reserva de petróleo del planeta). Ya se ha abierto una acción bélica con Irán el 23 de abril.

Una profunda crisis hace probable que todas las contradicciones se agudicen y, por tanto, es más probable que haya guerra. Más, cuando una guerra suele ser una oportunidad de hiperdesarrollo industrial y, por tanto, es una respuesta para las crisis económicas o políticas. Al examinar las probabilidades de una guerra es crucial la responsabilidad y calidad de la institucionalidad democrática. Un mundo en el que tienen un peso tan determinante personajes como Donald Trump, Vladimir Putin, la dictadura china presidida por Xi Jinping, el supremacismo de Boris Johnson, el nacionalismo hindú de Narendra Modi, Bolsonaro al frente del país más grande de Latinoamérica, o la deriva ultraderechista en Europa, es un mundo en riesgo de guerra. El mundo se nos ha



ido de las manos. ¿Habrá guerra? Con las cartas que tenemos en las manos, es probable que sí.

CAMBIOS A CORTO PLAZO

A corto plazo planteará transformaciones. Se acabará con el tráfico de animales (segundo mayor negocio ilegal del mundo). Se reforzará el gasto sanitario y la industria biotecnológica. Aumentará el Gran Hermano Mundial a propósito de la bioseguridad y nuestras vidas se digitalizarán mucho más aceleradamente (teletrabajo, telemedicina, teleeducación, etc.). La energía sociocomunitaria y la cooperación científica impulsarán un fortalecimiento de la sociedad civil mundial. También habrá una mucho mayor demanda de medios espirituales para la reforma de vida y arraigarse en lo esencial. Cambiará la sociabilidad, porque se incluirá la distancia social como un signo exigido de respeto y educación. Aumentará el supremacismo nacionalista, pero también el cosmopolitismo, lo cual intensificará la polarización política tanto en redes sociales como en la arena pública.

Un cambio de edad no tiene por qué ser un movimiento principalmente negativo ni positivo. Es un

cambio de escenario porque se descubre un problema mayor que el que había. Esencialmente, es un acto de iluminación porque se redefine el problema histórico y hay una reflexión de la civilización en su conjunto. Esta pandemia va a producir inmediatamente –ya lo está haciendo– una reflexión mundial masiva que afecta a las estructuras fundamentales de la propia civilización.

Por otra parte, hace tiempo que el problema afecta a la cultura ontológica y a la seguridad existencial. La crisis cultural de 1970 fue cerrada en falso por el neoliberalismo y el institucionalismo conservador. Sus resultados han sido profundamente negativos. Junto con ello, ha surgido una infraestructura cultural, comunicacional y movilizadora que ha dado medios para una nueva comunidad y conciencia mundial.

SOCIEDAD DE DISCERNIMIENTO

Las fuerzas de transformación se han polarizado en el mundo, las desigualdades han extremado a las poblaciones y el escenario es dramático, pero existen grandes corrientes positivas que permiten tener una gran esperanza. Si nos centramos en el problema del ser, estaremos yendo al principio y fundamento de las cosas, y no distraídos en debates secundarios.

No comienza una edad de oro ni tampoco un apocalipsis, sino que seguimos en un mundo en el que crece la complejidad, la incertidumbre y el riesgo. Nunca fue tan probable el desastre. Nunca fue tan necesaria la fraternidad mundial de personas libres, sabias e iguales.

El mundo está teniendo una profundísima experiencia popular de gratitud, entrega, sacrificio y don que no será en vano ni se perderá. Alimenta los acuíferos culturales y espirituales de la gente, le ha dado forma a una nueva alma colectiva. Ahora tenemos que ser capaces de articular con esa energía y experiencia nuevas dinámicas transformadoras y, a nivel todavía más hondo, alianzas civilizatorias o lo que el papa Francisco llama «un Plan para Resucitar». Nunca como hasta ahora ha sido tan crucial la Sociedad de Discernimiento para reconciliar este mundo, y ahí es donde las tradiciones espirituales y culturales van a tener que concentrar sus mayores esfuerzos. Ha terminado la Última Modernidad, hoy comienza todo.

FERNANDO VIDAL

**Profesor de Sociología de la Universidad Pontificia Comillas
Director de la Cátedra Amoris Laetitia**